

UNA MIRADA A LAS REPRESENTACIONES DE LOS LÍMITES DE LA CASA DESDE LA EXPERIENCIA

Jael Bengualid

FAUD, UNC. INVIHAB CEUR-CONICET

jael_bngld@icloud.com

Resumen

La ponencia se enmarca en una investigación de curso que se ocupa de las maneras de habitar el espacio doméstico y las subjetividades implicadas en dicho proceso. Se realiza una exposición de los conceptos de habitar, lugar y apropiación a partir de diferentes autores para sentar las bases de discusión sobre la casa y cómo se concibe. Considerando que el propósito de la casa es asegurar la satisfacción de las necesidades vitales, tanto materiales como simbólicas, es insoslayable la dimensión que se ocupa de estudiar los sentidos y subjetividades implicadas en su producción y en la creación de lazos entre las personas y el lugar, en este caso, el habitante y la casa. A la luz de los conceptos desarrollados y en conjunto con relatos de dos personas entrevistadas, se expondrá una problematización de los límites del hábitat residencial desde la relación que el proceso de habitar tiene con el lugar y con la experiencia para observar cómo los límites físico-materiales de la vivienda no ponen límites a cómo se experimenta el espacio doméstico.

Palabras clave: habitar – experiencia – espacio doméstico – límites – lugar

INTRODUCCIÓN. LA GEOGRAFÍA CULTURAL Y LA VIDA COTIDIANA

La intención de este apartado es contextualizar las dimensiones geográficas y espaciales de las cuales se desprende el tema en cuestión, como una introducción a los sentidos del habitar la casa y para brindar herramientas teóricas para el debate que seguirá.

La expresión "giro espacial" -que refiere a la ampliación de fronteras de los conceptos teóricos sobre el espacio y su redescubrimiento del espacio y el territorio en las diversas ciencias sociales y humanidades (Lindón & Hiernaux, 2006)- ha sido discutida de manera amplia en la disciplina geográfica durante estos últimos años. Se manifiesta como una muestra de lo transdisciplinario entre las ciencias sociales y la geografía humana, que hace posible comprender la complejidad actual del mundo y la necesidad de nuevos aportes teóricos y metodológicos (Lindón & Hiernaux, 2006). En este sentido, tanto la geografía como la arquitectura se han introducido en muchos campos de las ciencias sociales y viceversa, en una integración teórica, conceptual y metodológica transdisciplinaria, en las que es posible representar un mismo territorio, región, paisaje, espacio y lugar desde perspectivas y complejidades teóricas distintas.

Es posible posicionar la presente ponencia en el ámbito de la geografía cultural del medio urbano como una manera de estudiar el espacio y no una rama de las ciencias. Es cierto que la geografía cultural no tiene una determinada definición; sin embargo, las demarcaciones estrictas no son lo importante, sino la utilidad que puede ser a los fines de esta investigación. A pesar de ello, mencionamos algunas características que la identifican: tiene una orientación histórica y un énfasis por el papel del hombre como agente transformador del ambiente y las culturas materiales. Asimismo, tiene

una tendencia de buscar apoyo en la antropología y sus técnicas de trabajo de campo, para la investigación de las subjetividades.

Basándonos en Lefebvre (2013), sostenemos que para tener conocimiento de la producción del espacio, como acción necesaria para el desarrollo social, cultural e individual del hombre mediante el cual se realiza la reproducción de las relaciones que lo producen. También realiza una serie de observaciones para demostrar la posición del habitar en una cotidianidad concebida como la creación del espacio y de la vida social, en consecuencia, es posible sostener que la cotidianidad es otra dimensión, parte del habitar, ineludible en el ser humano. En uno de los textos más ricos en contenido sobre la temática del habitar, Heidegger (1994) explicita los conceptos, prácticas y prácticas fundamentales que intervienen en la construcción del habitar, también afirmando que es una expresión inexorable del hombre. En este sentido, el construir en Heidegger y la producción en Lefebvre, son expresiones diferentes, pero no separadas, ya que el habitar sería, en cada caso, el fin que persigue todo proceso de construcción y producción para construir un espacio, memorias y una meta, que es el habitar.

Para quienes abordan el concepto de habitar, es inevitable tocar la vida cotidiana. Lo cotidiano es una expresión tan esencial y natural en el proceso de habitar, que estas experiencias subjetivas son definidas por de Certeau (2000), como las artes de hacer, el pensamiento que no se piensa. El autor centra su atención en la lectura de las practicas sociales en el espacio y más adelante, en espacios concretos, en los lugares. Estas formas de hacer constituyen las infinitas practicas a través de las que las personas se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural mediante una multitud de tácticas articuladas con base en los detalles de lo cotidiano (De Certeau, 2000).

Un tema central en la obra de Lefebvre es la vida cotidiana. En una reseña de la obra de tres tomos dedicado a este tema, Lindón (2004) hace un análisis sobre la concepción de lo cotidiano en Lefebvre, quien construye un enorme dilema entre lo micro y lo macro en la cotidianidad de la trama de un día completo narrado en la obra *Ulises*, ya que contiene fragmentos de la historia del mundo y de la sociedad tanto como de la vida personal del protagonista. Mediante esta literatura, el autor hace emerger la presencia de los componentes de la vida cotidiana: las pluralidades de sentido (como polifonía, polisemia y polivalencia), el espacio (como tejido más o menos denso y delimitado de ramificaciones cargadas de sentido), el tiempo (como intersección entre tiempos lineales y cíclicos), lo simbólico (como constelaciones) y la dimensión práctica (como totalidad social repetitiva o inventiva-creativa) (Lindón, 2004).

A partir de estos componentes citados, se puede tener en cuenta lo cotidiano como parte del habitar, mas no como la suma de estos, sino como partes de un sistema que relaciona los componentes del todo (Lindón, 2004) presentes en un espacio vivido, utilizando las palabras de Lefebvre. Entonces, el habitar funciona como una categoría de conexión entre todos estos conceptos, razón por la cual habitar un espacio no se reduce a un conjunto de prácticas cotidianas o habituales, construidas o producidas por un individuo o una colectividad. Habitar es la forma de hacer y estar en el mundo, es lo que nos sucede a lo largo de nuestra vida. Es por ello que el habitar toma vida y personalidad en el sujeto interiorizado que expresa sin darse cuenta en el espacio. Resumiendo, solo el habitar es capaz de articular todas las expresiones cotidianas, habituales, sentimentales y materiales.

HABITAR DESDE LOS LUGARES

En este apartado se expondrán algunas perspectivas teóricas de algunos autores sobre el concepto de lugar para destacar la importancia de la subjetividad y la experiencia en la conformación del habitar. Factores como la seguridad, lo cotidiano aparecen como formas de vinculación de los habitantes al medio ambiente y componen las numerosas implicaciones del habitar.

Muchos autores han debatido el concepto de lugar a partir del espacio. Nombrando algunos, Doreen Massey lo relaciona con la noción de género y lo global; Yi-Fu Tuan, lo conceptualiza desde la noción de *topofilia*, acercándose a una manera muy particular de conocer los sentidos de apropiación; Soja retoma el *espacio vivido* de la obra de Lefebvre (1974) y propone el *tercer espacio*; y Marc Augé (2000) como un complemento con el lugar antropológico, presentando de una manera original el lugar

a partir de los *no lugares* producidos por la postmodernidad. Conforme al desarrollo conceptual de los autores se irá dando a conocer la diferencia que existe entre habitar un espacio y habitar un lugar.

Los lugares, como dimensión conceptual y empírica, se asientan en una realidad subjetiva, ya que se acotan al ámbito de la vida cotidiana y están atravesados por la identidad de un individuo o grupo social. Todas las culturas, provistas de sentidos, son consideradas en los lugares, componente fundamental en las relaciones sociales de las personas, refiriéndose a una apropiación simbólica del espacio geográfico como elemento de identidad. Lo cotidiano es el lugar donde se desarrolla la socialidad del ser (Lindón V., 2000).

Utilizando descripciones y no solamente concepciones, Yi-Fu Tuan (1977) desarrolla una clara diferencia entre lugar y espacio. Expone que el espacio tiene un sentido de libertad, mientras que el de lugar, seguridad y en relación a esto, propone la perspectiva y la experiencia como definiciones por sí mismas de cada una de estas dimensiones respectivamente. Así podemos afirmar que el lugar es la experiencia en el espacio y el propio espacio es la perspectiva que tiene la persona del lugar.

La diferencia entre espacio y lugar se constituye en los tipos de relación, comunicación y vínculos establecidos entre el sujeto y el entorno. Esto mantiene un correlato que se explica a través de diferentes nociones como apropiación del espacio, apego con el lugar, identidad de lugar, entre otros. Sin embargo, al momento no se ha profundizado por completo sobre la relación que hay entre el habitar y el lugar. El lugar es donde se construye el sentido de habitar, la experiencia y el sentido humano.

Tanto el habitar como el lugar, surgen de lo vivido, reflejando la historia y la experiencia. A partir del lugar es donde se comienza a dar la existencia, el estar en el mundo, es decir, el habitar, consiguientemente, el habitar se construye conforme el espacio se conforma en lugar.

En este punto hacemos una distinción entre los conceptos para evitar que su íntima relación nos confunda: el lugar es construido como un punto en el espacio, pero no es espacio; y el habitar es construido en el espacio. Comprendemos esto si pensamos que durante la existencia de una persona es posible que este habite más de un lugar, pero el habitar no es mensurable ni cuantificable, sino que existe a través del ser y el espacio.

Siguiendo este pensamiento, Marc Auge (2000) asegura que el lugar antropológico tiene, aunque sea, tres características en común: son identificatorios, relacionales e históricos. De esta manera, un espacio que no pueda crear identidad, relaciones o dar lugar a la historia, sino similitud, soledad y espectáculo determinará un no lugar. De esta manera, los no lugares representan colectividades con un solo interés común: su consumo en todos sus sentidos. Algunos ejemplos pueden ser: aeropuertos, centros comerciales, avenidas con mucho tránsito, metros, autopistas, plazas, viaductos, parques urbanos, centrales de autobuses, etcétera.

En otra línea de pensamiento, los lugares son puntos particulares dentro de la gran red donde las experiencias subjetivas se están dando y otorgan sentido al primer espacio que habitan las personas: el espacio vivido. Soja (1996, 1997, 2008), a partir de los textos de Henri Lefebvre (1974), reconstruye teóricamente el espacio vivido como un equivalente de lugar. Según sus supuestos, este se vuelve real e imaginario, actual y virtual, lugar de experiencia y agencia estructuradas, individuales y colectivas. Así, enmarca este concepto dentro de la vida cotidiana, el habitar, los *habitus* y la geografía cultural, en el área de la subjetividad del espacio. Soja (2008) compara la comprensión de los lugares a escribir una biografía: una interpretación del tiempo vivido de una persona o, cambiando de escala, la historiografía, que busca la comprensión y descripción del tiempo vivido de las sociedades. De esta manera, el habitar desemboca en el lugar, ya que en el espacio se conforman lugares con características del habitar.

Bachelard (2000), a partir de una perspectiva fenomenológica, habitar un espacio hace que se convierta en un refugio y una construcción simbólica que alberga las experiencias, los recuerdos, significados, *habitus*, cotidianidades y todas las implicaciones en el sentido de habitar. La expresión física-material de este lugar es la casa, la choza, el primer universo, el rincón en el mundo, etcétera. Por otro lado, Yi-Fu Tuan propone que un lugar brinda seguridad, mientras que un espacio, libertad, acercándose a la noción de refugio y protección propuesta por Bachelard.

HABITAR DESDE LA CASA

Al analizar el espacio de la casa se pretende conocer su concepción como una configuración privilegiada de este sentido (habitar) compuesta por diversos sistemas tanto simbólicos como materiales. Si nos preguntamos por la relación entre el hábitat y el habitar, en general -y de manera errónea- se lo comprende como una simple ocupación del espacio que reúne las condiciones óptimas para la vida humana. Pensándolo así, se evidencia una desconexión entre este hábitat con el sentido profundo del hombre y de su naturaleza como ser social y cultural que supone un gran vacío frente a la concepción de habitar (Cuervo Calle, 2010).

Entonces, la casa es una estructura que articula diferentes sistemas y en el marco de esta complejidad, la casa nos brinda imágenes dispersas y un corpus de imágenes a la vez (fragmentación e integración). De esto se desprende que la casa no es solo un hecho físico, sino que, a partir de la propuesta de Bachelard (2000) se debería intentar además trascender la mera descripción de esta manifestación material, para narrar los hechos e impresiones para llegar a la máxima virtud de la casa, la función de habitar.

A partir de los pensamientos de Bachelard, la casa, como espacio puramente destinado al habitar, tiene un vínculo directo con su habitante, quien construye su lugar, ser y hacer a través de la experiencia. Este vínculo se manifiesta a través de los límites materiales y, más importante, a través de las experiencias, vivencias, hechos y relaciones entre la persona y el lugar. La interrelación de dichas circunstancias dentro de la casa es lo que genera el habitar, no su sumatoria. Entonces, la casa no puede ser construida simbólicamente de manera aislada (tal vez en cuanto a su forma arquitectónica sí) en todas sus expresiones porque inserta en un entorno espacial y social: la ciudad y el barrio.

Lawrence y Low (1990) proponen que las formas construidas también incluyen espacios definidos y delimitados, pero no necesariamente encerrados, como las áreas al descubierto de un núcleo de casas, una plaza o una calle. Pueden incluir también sitios significativos o lugares como un altar, donde no necesariamente se cobija la actividad con una cubierta. Pero trascendiendo de la concepción abstracta de entorno construido, empleado hasta ahora aquí y en otra literatura, como producto de la actividad constructora humana; en un sentido más amplio podemos verla como toda alteración física del entorno natural por la construcción humana: desde hacer fogatas hasta ciudades. Incluye formas construidas que son definidas como tipos de construcción (casas, templos, etcétera) creados por el ser humano para cobijar, definir y proteger actividades (Lawrence & Low, 1990).

Con este enfoque, el término arquitectura se refiere a algo más que el mero diseño de espacio construido. Abarca todos los órdenes y significados atribuidos a cualquier espacio a partir del pensamiento y acción humana: nombrar lugares, planear y construir edificaciones y ordenar los espacios que las ordenan y las unen. Finalmente incluye los significados sociales y religiosos codificados en las construcciones y ámbitos espaciales (Nabokov & Easton, 1988).

Se desprende de lo escrito que los estudios de entornos construidos requieren un material que vaya más allá de sus atributos visibles, como las fotografías y documentación gráfica, que documentan la forma, la organización espacial y los ámbitos subyacentes. Es más importante que la documentación incluya a la gente y su comportamiento, actividades, valores, esquemas cognoscitivos, visión del mundo, significados y símbolos, imágenes, reglas, respuesta afectiva ante los entornos y como se los percibe. Es decir, es un estudio completo que abarca desde lo físico u objetivo hasta lo más subjetivo de un entorno construido.

De esta manera se puede comenzar a pensar que la casa se construye paralelamente con su entorno espacial y social. Un proceso de construcción-producción-apropiación entre la casa y el entorno construido. Así, es posible utilizar el método científico para describir y representar el habitar a partir de la casa, donde la relación interior-exterior constituye el centro de reflexión para la configuración de un nuevo conocimiento (Sañudo, 2013).

Siguiendo lo desarrollado, el habitar se presenta a través de interrelaciones entre personas a nivel familiar y vecinal que expresan ciertas creencias, *habitus*, costumbres, tradiciones y cotidianidades (Heidegger, 1994) materializadas en casas, calles, plazas o cualquier forma arquitectónica que identifique el lugar. Para el autor, no existe una relación entre habitar y construir, porque son dos expresiones unificadas por completo que, si se separasen, se deformarían las relaciones esenciales. Construir no es solo medio y camino para el habitar, el construir es en sí mismo

el habitar (Heidegger, 1994). Habitar se hace y se es, no habitamos porque hemos construido, sino que construimos y hemos construido en la medida que habitamos.

Tanto Bachelard como Heidegger relacionan el concepto habitar con la casa y no con la vivienda. Por un lado, la casa es un rincón del mundo, un refugio; y por el otro un cobijo que provee resguardo al habitar del hombre. Mismo Lefebvre (2013) hace una distinción entre habitar y hábitat residencial. De esta manera, se relaciona la casa intrínsecamente con el habitar. La casa evoca la impresión de un espacio privilegiado, casi sagrado, próximo al *espacio absoluto* del que habla Lefebvre (2013) como un espacio vivido, no concebido, un espacio de representación más que representación del espacio.

En la búsqueda de una definición de hábitat residencial acorde a lo que buscamos estudiar, establecemos la diferencia entre la casa, la vivienda y hogar, ya que muchas veces se los utiliza indistintamente, pero tienen grandes contrastes cuando los vemos de cerca.

Primero, la casa puede ser considerada una extensión de la persona, una suerte de segunda piel, un abrigo o refugio. Tanto el individuo como la casa se encuentran en una interacción continua: la estructura física, el mobiliario, las convenciones sociales y las imágenes de la casa permiten, moldean, informan y reprimen al mismo tiempo las actividades y las ideas que se desarrollan dentro de sus paredes, un entorno creado y decorado como escenario de la habitabilidad (Vázquez, 2005). El mismo autor dice que estas características la convierten en un agente socializado, a la vez que, con las costumbres y la habitación, las personas construyen un dominio práctico de los esquemas fundamentales de su forma de vida (ibídem).

Entonces, la casa es el refugio de la cultura privada o familiar y una manera de presentarse ante el resto de la comunidad. Según Baudrillard (1969) el acomodo de muebles, espacios y tipo en una casa es un reflejo de la organización familiar porque cada objeto tiene un fin en la familia. Por esta razón, el habitar no sería posible en una casa vacía, sin sujeto ni objeto. Los muebles, junto con los accesorios y los elementos decorativos, se convierten en una expresión de las personas, quienes viven la casa. Por lo tanto, la casa es el escenario ideal para representar nuestra estética y cotidianidad.

Como expresión de la existencia y los acontecimientos de la vida de las personas en el mundo; la casa mantiene una íntima relación entre lo que se encuentra dentro y fuera de ella. Esto es porque a partir de la casa se tiene una referencia espacial y social que controla todas las expresiones del habitar. Entonces, para que la casa asegure el habitar, es necesario que existan espacios más allá de su umbral; un espacio donde el hombre pueda desplazarse hacia el exterior (Bollnow, 1993). Esta extensión de la casa se conforma a través de su compromiso e involucramiento con el entorno residencial, que Ilich (1988: 30) llama "el arte de habitar" y Heidegger, "salir al encuentro" (Cuervo Calle, 2010). Entonces, por contraposición con el afuera, la casa es el espacio que permite lo familiar, lo privado, lo individual y lo íntimo. Estas esferas admiten que la casa pueda convertirse en un lugar con alto contenido simbólico donde se acumulan los sentidos, la consciencia plena del ser y desde donde se puede controlar el mundo a través del habitar personal y familiar.

Resumiendo, desde las perspectivas de Heidegger y Bachelard, el habitar es un ser o estar en el mundo y la casa es nuestro rincón en el mundo, por esa razón, la casa es un lugar destinado para el ser o estar de las personas. El habitar es el resultado de una interacción entre el lugar y el individuo, siendo en sí mismo toda la vida del hombre.

En segundo lugar, hogar es entendido como un derivado de la palabra hoguera, es decir, el fogón de las cocinas y chimeneas donde se reúne el núcleo familiar. De esta manera, hogar ya no hace referencia al espacio físico, sino al social. La casa, entendida como un constructo, no necesariamente precisa de un espacio en particular, sino de un lugar y su sentido no se restringe por completo al espacio de la casa.

Por último, la vivienda hace referencia a las características físico-funcionales de un espacio que no es único, sino que puede ser repetido; por ejemplo, en los conjuntos habitacionales con unidades en serie destinadas a albergar diferentes tipos de familias con diferentes rasgos sociales.

En estas tres definiciones vemos los diferentes focos depositados en un solo objeto material que incluye diferentes dimensiones que se le asocian, algunas más sociales, otras más arquitectónicas. Lo importante es que para completarse el sentido del habitar, nunca puede considerarse solo una de las dimensiones, sino que deben ser trabajadas en conjunto, incorporando la dimensión subjetiva

Al respecto, De Certeau, en su obra *La Invención de lo Cotidiano*, hace una descripción y análisis sobre el habitar cotidiano. Ilustramos esto con un ejemplo en uno de los apartados de su obra, donde sostiene que el placer de comer la comida no agota la experiencia, sino el placer de manipular las materias primas, organizar, combinar, modificar, inventar, es decir, el arte de hacer, que es como el autor se refiere al habitar. En este ejemplo se evidencia una manera de estar en el mundo y hacer en ese lugar su morada. Con los artes de hacer, se incorpora la noción de lo cotidiano (De Certeau, 2000) para explicar las prácticas de las personas en el espacio a partir del análisis etnográfico de la vida cotidiana. De esta manera, reafirma que el habitar se desarrolla en la cotidianidad, ya que registra los comportamientos en el espacio social y los beneficios simbólicos esperados por la manera de “hallarse” en el lugar.

También la historia es una dimensión importante, ya que no se puede conocer el proceso de apropiación o domesticación del espacio de una casa si no se conoce la historia, proceso de construcción, del entorno donde se ubica la casa, ya que no solo se trata del espacio físico, sino de comprender las relaciones entre el espacio y quienes lo habitan.

Para finalizar, redondeamos lo escrito en el apartado anterior, concluyendo que los planteamientos teóricos sobre el habitar de Bachelard y Heidegger podrían confluir en el término *topofilia* de Yi-Fu Tuan y en la dialéctica del espacio social de Lefebvre (concebido, percibido y vivido). Entonces, queda claro que Lefebvre, Soja y Heidegger comparten una misma construcción categórica que aúna las dialécticas confluyendo en lo vivido, lo histórico y el habitar.

Hasta ahora hemos hablado de la casa, de su entorno construido, de los símbolos, del significado de la casa y del rol de la familia en estas cuestiones. En esta instancia, exponemos el sentido del habitar, cuyos significados son múltiples, pero podemos acordar que las maneras en que las personas perciben, ponderan y dan sentido a un entorno son diversas (Tuan, 2007). Cuestión que parece obvia ya que no hay dos personas ni grupos sociales que hagan una misma valoración sobre su medio o realidad. Podemos asociar este pensamiento a los desarrollados arriba de Heidegger, en la que los sentidos siempre van relacionados a un sentimiento, una percepción y una valoración del espacio mediante diferentes formas que pueden ser tanto táctiles, como visuales, auditivas y toda forma de percepción sensorial. Este sentido está articulado a un rango de significados que atan la persona a un lugar.

Concluimos que el habitar no puede sintetizarse en una definición delimitada, ya que no es solamente un mero concepto, sino algo real que no puede ser aprehendido a simple vista y; sin embargo, lo encontramos presente a cada momento de nuestra existencia.

A continuación, en consonancia con que el espacio vivido es una dimensión inexorable para la comprensión del habitar, lo cotidiano, sumado a la construcción histórica, articula todas sus expresiones, relatos, prácticas y situaciones vividas, conformando una totalidad. Entonces observaremos cómo, a través de lo dicho por dos entrevistadas, se articulan

HABITAR Y LA APROPIACIÓN DEL ESPACIO

A esta altura hemos visto que la casa es el lugar donde se experimentan sentimientos como seguridad, privacidad, protección, identidad y apego (Hidalgo y Hernández, 2001; Korosec-Serfaty, 1985; Tognoli, 1987). Así como también es el espacio donde se desarrollan una multiplicidad de actividades, tanto cotidianas como extraordinarias (De Certeau, 2000). En este apartado nos enfocamos hacia cómo, al vincularse con el entorno, las personas se involucran con un proceso de identificación con él, a partir del que, confluyendo prácticas, sentimientos, memorias y significados en él, son apropiados.

El debate de la apropiación vinculada al espacio, comenzó a adquirir mayor relevancia a partir de las aportaciones de Perla Korosec-Serfaty y la conferencia internacional organizada por la autora en 1976 en Estrasburgo, Francia advocada a este efecto (Vidal y Pol, 2005). Utilizando una perspectiva fenomenológica, la autora definió la apropiación a partir de dos preceptos: la adaptación de algo a un uso o destino específico y la acción de hacer propia una cosa (Korosec-Serfaty, 2003). Afirma que la apropiación solo puede ser posible en relación a algo que pueda ser sujeto a la posesión (como vínculo moral, psicológico y emocional) e intervención humana.

Diversos autores dan cuenta de la amplitud de esta noción y de la dificultad para abordarlo por la cantidad de supuestos a los que se asocia la palabra. Algunos textos consideran la apropiación del espacio como una proyección de la identidad (Korosec-Serfaty, 1985; Villela-Petit, 1976), otros como una conquista del territorio (Proshansky, 1976) y otros como un sentimiento de propiedad (Barbey, 1976; Moles y Rohmer, 1978).

De esta manera, el proceso de apropiación del espacio parece cobrar forma cuando se la considera conjuntamente con el ejercicio de control y dominación sobre el espacio, y con el sentimiento de pertenencia y personalización. En un contexto de modificación, de alteración y transformación, la vivienda cobra protagonismo como el lugar primordial a ser apropiado, a través de la ornamentación, el mantenimiento, el trabajo doméstico en la casa que evidencian el espíritu por apropiarla (Korosec-Serfaty, 1985: 12). Sin embargo, la apropiación no reside solamente en función de la modificación del espacio, sino en el proceso de identificación, es decir, el significado que uno establece con él (Korosec-Serfaty, 1985: 13).

A estos efectos, tomamos la definición de Enric Pol (1994) quien propone, desde la psicología ambiental, un proceso dialéctico que vincula las personas con los espacios dentro de un contexto social (Vidal et al., 2004). Esta teoría atiende a dos aspectos cíclicos: la acción-transformación y la identificación simbólica. El primero, comprende las conductas de territorialidad, control y modificación del espacio personal; mientras que la segunda, refiere a los aspectos cognitivos, afectivos, interactivos y representaciones mentales del espacio, de la identificación, atribuciones de significado y personalización.

Entonces, este modelo propone que, a partir de la acción-transformación del espacio, el habitante deja su huella en este y, desde la identificación simbólica, construye su significado. Dicha significación, refuerza las acciones de control sobre el espacio, que reafirma el espíritu cíclico de este proceso. De esta manera, consideramos la apropiación como un proceso circular de transformación del medio que se vincula con aspectos cognitivos, afectivos y conductuales que permiten percibir el ambiente como propio. Así, la apropiación puede ser funcional-instrumental, donde se destaca el carácter utilitario del espacio; o simbólico-expresiva que resalta el involucramiento estético-afectivo e identidades individuales y colectivas. En este sentido, la casa puede ser tenida en cuenta como lugar de subsistencia, fuente de refugio y seguridad, circunscripción legal de un territorio; así como también un lugar de apego, de inscripción de un masado y una memoria.

Si aplicamos este modelo a nuestros estudios sobre habitar la casa, lo que interesa es el proceso mediante el que las personas hacen suyo el espacio, personalizándolo. Por ejemplo, al ocupar una nueva vivienda, los habitantes pasar por un proceso donde lo que era un espacio ajeno, lo vuelven familiar, de acuerdo a sus gustos y preferencias, dándole un significado que guarda estrecha relación con el apego al lugar, la identidad de lugar y el sentido de pertenencia (Vidal, Pol, Guàrdia, y Peró, 2004).

El acercamiento planteado es teórico y la investigación empírica que intenta conocer este proceso resulta difícil, y tal vez por ello, no ha sido un campo de investigación prolífico. La manera más común de trabajar con este concepto ha sido considerando solo la primera dimensión, sin considerar lo simbólico, por ejemplo, en los trabajos de Haumont (1976) cuando planteó estudiar los patrones de conducta que permitían la apropiación de las casas por parte de sus residentes. En esta investigación, se asumió que la organización de los espacios y la manera en que los residentes distribuían lo que había dentro del hogar, eran los signos de apropiación. A pesar de que se encontraron conductas que denotaban personalización y control del territorio, en ningún momento el autor se interesó por el estudio de la atribución de significado, el sentimiento de propiedad o de pertenencia que tan necesarios resultan si se considera el modelo teórico de la apropiación anteriormente expuesto.

Otro estudio referente a la apropiación del espacio fue llevado a cabo por Bruson, Kuo y Sullivan (2001). Estos autores se interesaron por conocer como los residentes se apropiaban del espacio que rodeaba a sus viviendas y el sentimiento de seguridad que experimentaban en ellos. En esta investigación, la apropiación se midió mediante una medida conductual que consideraba la presencia física de la persona en esos espacios y las interacciones sociales que en ellos se producían. Entre los resultados se encontró una relación sencilla entre la apropiación del espacio que rodeaba a la casa y el sentimiento de seguridad que se experimentaba en el área y en el vecindario.

Estos dos trabajos ilustran que la apropiación del espacio es un proceso que tiene lugar a nivel conductual, pero que hay una gran dificultad a la hora de conocer lo que ocurre a un nivel simbólico. Al mismo tiempo, demuestran que la apropiación implica una territorialidad, marcación del espacio, sentimientos de control e identificación, pero que su abordaje empírico es dificultoso.

Este breve resumen sobre la vivienda muestra como la casa es un espacio complejo de estudiar debido a que comprende múltiples niveles que deben ser abordados por otras tantas disciplinas. A lo largo de este apartado, hay tres conceptos clave que han estructurado el discurso. El primero, la atribución de significado, permite conocer cómo los habitantes piensan y definen su casa, de dichas estimaciones, se deduce que la casa va más allá de sus límites materiales. Luego, a través de la atribución de significado, pensamos que la casa es el espacio primordial donde se cubren al mismo tiempo, las necesidades más primarias y los deseos de identificación y contacto social. Por último, la identidad, que queda reflejada en la casa a través de un comportamiento atravesado de tradiciones, valores e influencias socioculturales.

A pesar de la generalidad con que se ha descrito estos elementos, tenerlos en cuenta en conjunto nos da la pauta de la casa es experimentadas por sus habitantes. De la combinación de estos aspectos se puede concluir que los habitantes utilizan su casa como refugio, pero también como un espacio con el que interactúan y se transforma para poder sentirlo propio, valorizándolo simbólicamente e instrumentalmente.

En síntesis, el entorno doméstico puede considerarse también como una entidad doble que conjuga tanto un medio físico-material como un conjunto de interacciones simbólicas. Física, porque a través del uso del espacio/tiempo se ordena un entorno y se hace habitable; simbólica porque a través de su significación, el entorno se hace comprensible.

En esta instancia, y presentando el siguiente apartado, destacamos que el proceso de uso y significación del espacio doméstico no se limita a la apropiación del espacio arquitectónico y sus estructuras envolventes, sino que en él, los objetos se convierten en los medios que permiten configurar, funcional y estéticamente, los escenarios de la vida doméstica y poner en escena las rutinas y rituales que la constituyen.

“HAY DÍAS QUE SOY DUEÑA DE MUCHO Y HAY DÍAS QUE NO”. UNA MIRADA A LAS REPRESENTACIONES DE LOS LÍMITES DE LA CASA DESDE LA EXPERIENCIA.

En el siguiente apartado y a la luz de los conceptos sobre habitar, lugar y apropiación desarrollados, se expondrá brevemente una problematización de los límites del hábitat residencial desde la relación que el proceso de habitar tiene con el lugar y con la experiencia.

La inquietud surge a partir de las visitas a las viviendas en barrios cerrados, donde se pudo percibir que, más allá de la existencia de los límites físicos, existían otras fronteras simbólicas no siempre explícitas, pero sí contundentes en los discursos, que requerían un examen más detenido. La mirada sobre los procesos del habitar y las formas de visualizar su construcción se establecerá a partir de la consideración de los planteamientos anteriores sobre el habitar, el lugar y la apropiación y fragmentos de entrevistas con dos de las interlocutoras cuyas viviendas se está analizando. Esto propuso una oportunidad de revisar el marco teórico para buscar un diálogo con conceptualizaciones de hábitat más apropiadas que integren los componentes físico-materiales del habitar (del medio natural y los construidos por sus ocupantes) y otras de carácter social, donde destacamos los sentimientos de identificación y la generación de formas de pertenencia al lugar fundadas en el establecimiento de vínculos, no desde una visión estática, sino dinámica y abierta, involucrando las visiones de los sujetos y sus maneras de vivir.

La pregunta se planteó cuando, visitando la casa de P, ubicada en una marcada topografía, quise saber hasta dónde llegaba su casa. Es decir, los límites del lote de su vivienda.

P me contesta: *“Mi casa empieza, en invierno, cuando florecen los garabatos. Mi casa empieza allá en la guardia porque los vengo oliendo. Cuando hace frío, mi casa empieza en la puerta. Cuando es otoño mi casa termina allá en los plátanos del fondo, por el Colegio León XIII. Cuando llueve mi casa termina en la lluvia, hasta donde veo. De noche mi casa termina en el aeropuerto. Va*

cambiando. Hay días que soy dueña de mucho y hay días que no. En general es como más amplio de lo que es mi posesión.” (Entrevista con P, residente del barrio cerrado A, 17/02/2017)

En otra de las visitas, M, que vive en otro barrio cerrado, me mostraba su casa. Subimos a su habitación. Estaba atardeciendo en las sierras. M mira a través de sus ventanas. *“Todo esto es mío”* (Entrevista con M, residente del barrio cerrado B, 16/12/2017), declara.

En estos dos fragmentos, se hace relevante rastrear este vínculo y se convierte en el punto de partida de esta discusión.

Las delimitaciones y construcciones culturales de tiempo y espacio han servido para instrumentalizar con fines operativos aquellas situaciones que, en lo cotidiano, se desarrollan imbricadas dentro de lo familiar. Esta disección permite su operación y análisis (Massey, 2005); sin embargo, si tomamos este enfoque racional, la vivienda queda definida por la constitución material y espacial de sus espacios habitables; es decir, circunscribiéndola a la propiedad, la casa termina en los muros. Esto permitiría estudiarla muy fácilmente, aislándola del contexto donde se inserta y estableciendo dualidades firmemente delimitadas en el espacio de la ciudad. Sin embargo, los dos fragmentos de las entrevistas involucran experiencias, ritmos y continuidades que articulan una serie de lugares en el tiempo y en el espacio. Por esta razón, la primera perspectiva resultaría rígida, ya que la búsqueda de soluciones se da solo en un plano cartesiano, geométrico y definido, mientras que estos fenómenos son fluidos en la definición de momentos de adentro y afuera, público y privado, mío y no mío.

Leer el hábitat residencial desde la experiencia, implica siempre asumir una concepción de espacio más vivencial, más que como una suerte de escenario que soporta el transcurrir de la vida de las personas. Entonces, el espacio, en cuanto algo vivido, experimentado (Lefebvre, 2013), brota a partir de las prácticas (De Certeau, 1996). Implicando que el espacio nunca es dado, sino que está en un constante devenir a partir de un mapa discursivo y de una práctica corporal. Desde esta perspectiva, el espacio del que hablamos se está construyendo permanentemente tanto con el cuerpo, en cuanto a inscripción y extensión de su entorno, como en las significaciones discursivas que lo hacen consciente. Es decir, podemos delimitar físicamente un lugar, pero no es espacio hasta que se da una práctica de apropiación activa por parte de las personas.

La experiencia espacial del habitar aparece como un componente dinámico y activo en la producción del hábitat residencial que vincula los horizontes de saberes y valores (visiones de mundo) y la dimensión de las prácticas sociales, ancladas en contextos situacionales (Duhau y Giglia, 2008: 21), esto admite la construcción de significados que influyen en el comportamiento y el modo de interpretar la realidad. De esta manera, la experiencia deviene de una serie de eventos que se suceden el tiempo y espacio que no pueden ser fragmentados para ser comprendida. Esta noción de experiencia que no está fija en un territorio, establece la construcción de los lugares dentro de una “esfera de simultaneidad dinámica, constantemente desconectada por nuevas llegadas, constantemente esperando a ser determinada, siempre indeterminada por la construcción de nuevas relaciones” (Massey, 2005, traducción propia) constituyéndose así como un espacio siempre en desarrollo cuyas interrelaciones posibilitan la presencia de multiplicidades (ibídem). Es por esta experiencia que las personas pueden establecer delimitaciones significativas en el territorio para darle forma y ordenar el espacio habitado, trayendo a la realidad lo original de su conformación que se imprime en el sujeto y, como el espacio es producido por él, le otorga también una manera de concebir tal hábitat y contarlo.

Estas experiencias, comúnmente trivializadas y dejadas de lado, nos devuelven la idea de estar en el mundo del habitante. Si regresamos al planteamiento de Heidegger (1994), habitar, no es estar adentro de, sino más bien, familiarizarse con. Se busca relacionar la idea de que estas situaciones, como momentos que ocurren dentro de lo banal y lo cotidiano y de aparente apariencia superficial, permiten el acceso a una reflexión sobre aspectos esenciales del habitar. En este punto, surge una paradoja sobre cómo poder conceptualizar y problematizar aquello que se oculta en lo próximo y lo familiar que, por el hecho de “tenerlo a la mano”, ni siquiera lo divisamos (Giannini, 1987: 29). O más aún, por su carácter iterativo y dinámico, en la dificultad de su búsqueda, definición y análisis, es habitual tratar de suprimir aquello que no puede expresarse, encasillando estas experiencias que se resisten a ser comunicadas, a un ámbito privado y, por lo tanto, sin importancia (Tuan, 1997).

Tal como se mencionó, el abordaje de estos significados es elusivo, por lo que para poder establecer un diálogo entre la experiencia espacial y el espacio del hábitat, es apropiada una aproximación etnográfica de trabajo y registro de campo, haciendo visible la acción de los sujetos en la construcción de su entorno. Capturé una serie de imágenes a través del dibujo durante el tiempo en que transcurrió la entrevista, de este modo, se me permitió ir registrando situaciones y lugares de su vida cotidiana, despojando lo trivial y familiar de su proximidad y haciéndolo visible.

En estos espacios conformados y delimitados por la práctica y las personas que los desarrollan se construye una experiencia espacial que sitúa las relaciones afectivas con esa porción de territorio, así como las temporalidades en las que esa espacialidad determinada es producida. La descripción de esos paisajes, en cuanto a sus características físicas, las distancias y lo sensorial puede ser comprendida y vinculada con las construcciones afectivas de P y las memorias que evoca cuando las cuenta. Decimos esto, porque ella construye el discurso de los límites de la casa teniendo en cuenta las prácticas repetitivas que se desarrollan en esos entornos, siéndole posible reconocer eventos que componen parte de su habitar que no necesariamente se relacionan con la presencia material dentro de los límites de su espacio residencial, con la presencia física de su propio cuerpo o la cercanía.

Esta idea de territorialidad recobra la variable temporal, pues la identificación de los individuos se desarrolla en un encuentro cotidiano relacionado con la duración de los días, la alternancia de las estaciones, el crecimiento y cambios en el entorno. En otras palabras, jalona un tiempo, redefiniendo los límites de su casa en un dinamismo que incorpora una dimensión temporal a la discusión.

Las observaciones de P son legítimas porque la relación que establece comparando lo público con lo doméstico es de índole temporal e involucra los elementos naturales del paisaje. En su caso, los límites físico-espaciales de propiedad dejan de ser preponderantes ya que las referencias que tiene para definir cuándo termina su casa cambian según las formas de observar y variables temporales que responden a órdenes naturales y climáticos. P vive dentro de aquellos paisajes cuyos límites son difíciles de definir, cambian según el paso de los días y los momentos del año. La experiencia sucesiva de estos lugares va construyendo su manera de estar en el mundo, a la vez que define también su manera de habitar la vivienda situándose en una condición cotidiana y solo desde esta es posible leerla.

En el caso de M, al declarar desde los ventanales de su habitación: "Todo esto es mío", podemos pensar que, si tenemos en cuenta lo descrito anteriormente a partir de los pensamientos de Lefebvre, en el espacio físico-material de la vivienda no se encuentra incorporado el paisaje. Es decir, lo que se ve desde la ventana o el patio está fuera de los dominios de la propiedad. No es posible privatizar el espacio que se observa; sin embargo, las entrevistadas lo consideran suyo de alguna manera.

Parte de este dominio se ejerce desde lo visual, es la parte de la naturaleza que se deja entrar en la vivienda. La invitación del espacio exterior al espacio interior. Así, aunque el paisaje que observábamos desde su casa parece no estar incluido dentro de lo que se puede establecer como la escala de un espacio doméstico, sin aquel paisaje, la particularidad de habitar en ese lugar se desvanece. Podemos decir, entonces, que el contexto es relevante para la experiencia del habitar, ya que esta inserción le da una singularidad que lo diferencia de todos los demás. Entonces las escalas con que P y M conciben los límites de su casa no están dadas de antemano, sino que son la expresión de cómo ellas se relacionan con él. Es imposible pensar esa casa sin el paisaje que se observa desde ella. Aquí retomamos, a la luz de este pensamiento, una frase de Wylie que afirma: "¿Es el paisaje el mundo que vivo o solo una escena del mundo que miro?" (Wylie, 2007: 1).

CONCLUSIONES

Para finalizar, hacemos una reflexión de acuerdo con lo expuesto anteriormente. Revisamos las nociones de lugar a partir de varios autores y cómo estos se construyen intrínsecamente con el concepto de habitar, así como la inexorable presencia del ser humano para poder ser creado. En consonancia con esto, desarrollamos las implicaciones de la casa para el habitar y cómo una no puede definirse sin el otro. Mencionamos las múltiples dimensiones que abraza y cómo no puede

Seguidamente, desarrollamos el concepto de apropiación de espacio, antes de examinar más detenidamente las fronteras que aparecen en cómo se definen los límites del habitar. Por último, a la

luz de dos testimonios de dos participantes de la investigación, vemos cómo al pensar sobre el habitar humano es necesario un análisis que de cuenta de cuestiones mayores que los límites físico materiales de la casa, ya que en estos no se agota el sentido del habitar.

Los límites de la casa se nos presentan como algo dinámico y situacional reconvirtiéndose en fronteras simbólicas con importancia para el estudio del hábitat residencial, que radica fundamentalmente la experiencia para develar la forma en que este proceso se va articulando en los lugares, a través del tiempo. En síntesis, bajo la luz de las experiencias de las personas, consideramos el habitar como un proceso permanente de conformación de lugares, sin fragmentarlos en diferentes contenedores espaciales delimitados para conocer el dinamismo de los tiempos y espacios particulares que solo cobran sentido si se los considera integralmente, siendo la experiencia sucesiva y acumulativa la que los vincula en lo cotidiano con formas particulares de apropiación, permitiendo entender lo dinámico de su producción.

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, M. (2000). *Los "no lugares" espacios del anonimato*. Barcelona, España: Gedisa S.A.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Bollnow O., F. (1993). El hombre y su casa. *Revista Camacol*, 16 (56), 76-92.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XIX Editores.
- Brunson, L., Kuo, F. E., y Sullivan, W. C. (2001). Resident appropriation of defensible space in public housing. *Environment and Behavior*, 33(5), 626- 652.
- Cuervo Calle, J. (2010). ¿Vivienda, casa, hogar? La construcción del concepto "hábitat doméstico". *Iconofacto*. Vol. 6, N° 7, 70-80.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano 2, Habitar, cocinar*. México, D. F.: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente A.C.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano 1, artes de hacer*. México D. F.: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente A.C.
- Duhaui, E. y Giglia, A. (2008), *Las Reglas del Desorden. Habitar la Metrópoli*. México, D.F., Siglo XXI-UAM Azcapotzalco.
- Giannini, H. (2007). La reflexión cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia. Editorial Universitaria, Santiago.
- Haumont, N. (1976). Home Appropriation Practices. Paper presented at the Appropriation of Space (Proceedings of the 3rd International Architectural Psychology Conference at Louis Pasteur University Strasbourg)
- Heidegger, M. (1994). Construir, habitar, pensar. *En Conferencias y artículos* (págs. 1-8). Barcelona: Ediciones de serbal.
- Illich, I. (5 de Junio de 1983). *La reivindicación de la casa*. Obtenido de El País, Archivo hemeroteca: http://elpais.com/diarioZ1983/06/05/opinion/423612014_850215.html
- Korosec-Serfaty, P. (1985). Experience and Use of the Dwelling. En I. Altman, and Werner, C. (Ed.), *Home Environments: Human Behavior and Environment* (Vol. 8, pp. 65-86). Nueva York: Plenum.
- Lawrence L., D., & Low, S. (1990). The Built Environment and Spatial Form. *Annual Review of Anthropology* Vol. 19, 453-505.
- Lefebvre, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros, S. L.
- Licona Valencia, E. (2007). *Habitar y significa la ciudad*. México: CONACYT, Casa abierta al tiempo.
- Lindón V., A. (2004). Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana. *Revista Veredas*, 39-60.
- Lindón V., A. (2000). *La espacialidad como fuente de las innovaciones*. México: Anthropos.
- Lindón V., A. (2001). De la vida cotidiana a los modos de vida. En E. Patiño, & J. Castillo, *Cultura y territorio. Identidad y modos de vida* (págs. 15-28.). México: Universidad Autónoma de Puebla-Editorial de la RNIU.
- Lindón, A., & Hiernaux, D. (2006). Introducción. La geografía humana: un camino por recorrer. En A. Lindón, & D. Hiernaux, *Tratado de Geografía Humana* (págs. 7-22). México: Anthropos Editorial. Universidad Autónoma Metropolitana, División de ciencias sociales y humanidades. Alicia Lindón Villoria et alii.

- Massey, D. (2005). *Space, place and gender*. Minneapolis: University of Minnesota.
- Nabokov, P., & Easton, R. (1988). *Native American Architecture*. Nueva York: Oxford University.
- Pol, E. (1994). La apropiación del espacio. *Revista Familia y Sociedad*, 1.
- Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. (Hendel, & Cifuentes, Trads.) Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Soja, E. (1997). El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica (Conferencia). *Geographikós No 8, 2o semestre*, 71-76.
- Tuan, Y.-F. (1997). *Space and place. The perspective of experience*. Minneapolis, Minnesota: University of Minnesota.
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia*. Madrid, España: Melusina.
- Vidal, Tomeu, y Enric Pol (2005), "La Apropiación del Espacio: Una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares", *Anuario de Psicología*, vol.36, número 3, pp. 281-297.
- WYLIE, J. (2007). *Landscape*. Abingdon, Routledge. 2007. 252 p. ISBN 9780203480168

ISBN 978-987-4415-46-2

